

Temporalidad, amor y lectura reparativa. Aportes al campo de estudios de la memoria desde el giro afectivo

Lucas Gerardo Saporosi
(UBA-UNLP)

Introducción. Los afectos y la historia

Durante las últimas décadas, la dimensión afectiva ha suscitado numerosos debates y discusiones en el campo historiográfico, particularmente, en referencia a las posibilidades y modalidades de aproximación al pasado y a las formas de experimentar los procesos de rememoración. En este marco, la corriente contemporánea del giro afectivo (Clough, 2007) y, más específicamente, de su vertiente *queer* (Sedgwick, 2003; Berlant, 2011; Halberstram, 2005; Ahmed, 2004) se ha hecho eco de estas discusiones y parte de sus contribuciones se han orientado a revisar los principios epistemológicos, ontológicos y metodológicos de las formas de conocimiento sobre la historia.

Surgido como una tendencia orientada a profundizar algunas cuestiones del posestructuralismo y del giro lingüístico, el giro afectivo ha buscado llevar premisas de la filosofía política y de la historia, a terrenos de lo corporal, intentando desmarcarse de las objeciones señaladas a las vertientes del lenguaje asociadas a la inestabilidad y a la contingencia (Macón y Solana, 2015). En este sentido, el paradigma se compone de una serie de perspectivas y enfoques desarrollados a partir de las teorías de género y del feminismo cuyos aportes han ingresado al campo académico de la mano de la estética, la crítica cultural y la teoría de la historia. Sus contribuciones permiten reflexionar críticamente sobre los modos de conocer el pasado, las formas de escribir

la memoria y la construcción de ejes problemáticos vinculados al lugar de las emociones, de los afectos y del deseo en las complejas relaciones de poder contemporáneas, superando ciertas dicotomías metodológicas asociadas a la distancia y a la cercanía con el objeto de estudio.

Urdiendo afectos, deseo, poder y trauma en cartografías culturales y sociales complejas y, a partir de esa textura, disputar las oposiciones convencionales entre emoción y razón, o entre discurso y afecto, las contribuciones de esta tendencia han permitido explorar, ética y políticamente, ciertas implicancias sobre las condiciones de cambio para las subjetividades (Athanasίου, Hantzaroula y Yannakopoulos, 2008).

Entre las diversas vertientes que componen el entramado teórico del giro afectivo se encuentran posiciones que le asignan una potencia revolucionaria a la dimensión afectiva; otras, por el contrario, que admiten una lectura crítica sobre los afectos y se distancian de ciertas concepciones románticas e idílicas; y existen, asimismo, otras perspectivas, que exploran los afectos dentro de proyectos teóricos destinados a pensar y a revisar las formas alternativas de aproximarse a las pasiones, a los deseos y a las experiencias de dolor en la historia.

Eve Sedgwick, Elizabeth Freeman y Heather Love sitúan sus reflexiones sobre esta vertiente. Sedgwick se orienta a comprender los afectos en torno a la materialidad del cuerpo y revisa cierta historiografía asociada al sufrimiento y al dolor, desplazándose de la tradicional distinción entre un polo activo y polo pasivo: según ella, el sufrimiento deja de ser considerado pasivo para convertirse en una instancia capaz de producir intervenciones sociales y políticas sobre la esfera pública y vincularse con otras formas de afectividad, como el amor o el placer (Sedgwick, 1995; 1998). Love (2007) y Freeman (2010) desarrollan sus aportes a partir de la pregunta por cómo configurar una experiencia temporal con el pasado, que sea a la vez corporal y alternativa a los complejos patrones de tiempo de la modernidad. Sus contribuciones buscan componer temporalidades híbridas, superpuestas, atravesadas por respuestas somáticas e incapaces de ser total ni racionalmente aprehendidas.

En este sentido, conciben la posibilidad de pensar historias afectivas, sostenidas en tiempos anacrónicos y retrospectivos, corriéndose de las formas cronológicas de las grandes narrativas. Así, la vertiente *queer* de la historia repone estas formulaciones en las discusiones historiográficas y sugiere apor-

tes para pensar procesos de retrospectión y de memoria caracterizados por una experiencia temporal compleja y accesible a través de diversas entradas.

Temporalidades *queer* y el contacto afectivo con el pasado

Los posibles acercamientos al pasado por parte del/la historiador/a han sido un eje fundamental de teorización en el campo de los estudios *queer*: en términos generales, las diferentes líneas han intentado enfatizar el valor historiográfico de la sexualidad, del erotismo y de ciertos afectos particulares como el amor, la vergüenza, la ira y la melancolía. Se han orientado a complejizar el debate acerca de cómo las relaciones afectivas, corporales y sintientes construyen modos válidos y, a la vez, singulares de producir conocimiento histórico.

La adopción de una actitud *afectivamente* historiográfica sobre los rasgos del pasado, promueve encuentros afectivos entre corporalidades históricamente marginadas y sexualidades y formas de apego disidentes, por fuera de las orquestaciones temporales “crononormativas” (Freeman, 2010) o de la historiografía instrumental moderna (Love, 2007). Y eso lo hace a partir de dar curso a ligazones impensadas, motivadas por pulsiones del deseo subjetivo, que evaden las regulaciones “hetero-crono-normativas”, asociadas a las nociones de secuencia, progreso y ciclos históricos.

Por ello, estos encuentros anacrónicos e inesperados producen, como sugiere Dana Luciano (2012), fisuras y heridas temporales a los modos cronológicos de la modernidad. Esas heridas del tiempo, presentes en los cuerpos, en los afectos y en las sexualidades relegadas de la visibilidad pública, pueden ser rastreadas a partir de una “retrospección *queer*”, atendiendo a generar nuevas construcciones de sentido sobre el pasado.

Heather Love y la retrospectión. Odiseo y una historiografía vibrante

En *Feeling Backwards* (2007), Heather Love realiza un repaso crítico por la interpretación de la escuela de Frankfurt sobre el relato de Odiseo y las sirenas: en éste, advierte que la seducción y la afectación aparecen como modalidades peligrosas para el conocimiento de la historia. Dejarse seducir por el canto de las sirenas, en clave de Horkheimer y Adorno, es perderse en el pasado y asumir una actitud ahistórica, incapaz de construir un enfoque crítico sobre los acontecimientos (Macón y Solana, 2015).

Odiseo se ve, a la vez afectado e hipnotizado por la melodía de las “mujeres del mar”, e insinúa un giro hacia atrás (*backwards*) para contemplar el origen de tal música: ante el éxtasis seductor, debe atarse al mástil para no permitir vivenciar aquella experiencia sublime con la plenitud corporal y afectiva a la que está siendo convocado. La metáfora de Odiseo, según esta línea, sugiere los peligros de una actitud historiográfica de conocimiento histórico embebida por la capacidad de afectarse con los objetos de estudio.

Siguiendo críticamente a estos autores, Love entiende que el modelo temporal de Odiseo se enmarca en “una historiografía moderna (que) plantea una relación instrumental y distanciada con el pasado histórico incapaz de concebirlo como una fuerza viviente, por fuera de nuestro control, que logra tocarnos y sacudirnos en el presente” (Macón y Solana, 2015). Esta relación no busca rescatar el pasado como algo vivo, sino, por el contrario, “busca transformarlo en un material necesario para el progreso” (Love, 2007, p. 9).

A partir de esta crítica, Love plantea una revisión interesante al respecto. Por un lado, busca trastocar los supuestos epistemológicos que sustentan la relación entre afectos-confusión-pasividad. Sugiere que una “experiencia afectiva” podría constituirse como una forma particular de vincularse con el pasado a través de ciertas “indicaciones de la historia” que despiertan determinadas respuestas somáticas (Love, 2007). Es precisamente a través de marcas afectivas que el/la historiador/a puede “volver hacia atrás” y contemplar aquello que lo afecta, buscando necesariamente interpretarlo, dar cuenta de sus cualidades e insertarlo en nuevas cadenas de sentido posibles.

Love entiende que valorar positivamente el rechazo a las vibraciones corporales que disparan los rastros del pasado, responde a un modelo de historiografía de la modernidad orientado a construir racionalmente los procesos de la historia. Según este paradigma, acercarse al pasado debe excluir cualquier experiencia seductora o afectiva con el proceso de construcción de conocimiento. Según la autora, detrás de esta normativa instrumental historiográfica, se erigen los principios de progresión temporal y de promesas optimistas de futuro.

Love apuesta al concepto de “giro retrospectivo” o “giro hacia atrás” (*backwards turn*) como una forma de experimentar el deseo de producir conocimiento histórico, orientado “a revisar la reconstrucción del paisaje ruinoso del pasado” (Love, 2007, p. 5). Mirar hacia atrás no es simplemente

aproximarse al pasado, es configurar y adoptar una actitud crítica y afectiva sobre el tiempo, capaz de des-figurar el patrón temporal progresivo y discutir el orden de las posibilidades de la acción.

Esta actitud es retomada a partir de la figura del “ángel de la historia” analizada por Walter Benjamin en la tesis IX en “Sobre el concepto de historia” (Benjamin, 2009). En “su mirar hacia atrás” y ser arrastrado por la tempestad del progreso, el ángel expone una mirada de espanto: “Sus ojos y su boca están abiertos de forma exagerada y sus alas, extendidas” (Benjamin, 2009, p. 140). Ese “mirar con horror”, esa mirada afectada por las ruinas del pasado, es lo que efectivamente le permite cuestionar el orden temporal de la historia.

Esta revisión que hace Love revitaliza las posibilidades críticas de una temporalidad *queer*. Para cierta teoría *queer*, aproximarse afectivamente al pasado no implica una perdición o una confusión, sino la posibilidad de conectar históricamente cuerpos, sexualidades e identidades desplazadas de los relatos vigentes y construir bases para una acción política determinada. Su postura apunta a restituir las heridas y sufrimientos del pasado de identidades *queer* como parte de una tarea obstinada y visceral de resistir a la lógica temporal de la modernidad, a través de la implantación de modos anacrónicos e inesperados de ligazón (Benjamin, 2009). En este sentido, busca reponer sobre la escena analítica, una serie de emociones y afectividades tradicionalmente consideradas “menores y poco prestigiosas” (Ngai, 2007), como la melancolía, la cólera o la envidia. Sedgwick (1995; 2003), por ejemplo, revisa el lugar otorgado al sentimiento de la vergüenza en identidades *queer* y lo restituye en el centro de su revisión conceptual de la teoría de la performatividad propuesta por Butler, otorgándole una relevante capacidad de agencia política.

Elizabeth Freeman y el modelo de la crononormatividad

La temporalidad de la historiografía moderna asume un determinado modelo regulatorio y organizativo de inscripción social. Elizabeth Freeman (2010) le otorga a este modelo el nombre de “crononormatividad”. Éste constituye una forma de ligazón temporal (*Time Bind*) que conecta lo que la autora llama la “carne desnuda” (*naked flesh*) con determinadas normas de la vida social, vinculadas a la sexualidad, a las prácticas domésticas y a las formas

del afecto, según determinados patrones temporales que se perciben como naturalmente contruidos e invisibilizando las relaciones asimétricas de poder.

El concepto de crononormatividad se asocia al tiempo productivo y a una forma particular de ordenamiento de la vida a través de la construcción de rutinas, repeticiones y disposiciones (corporales, gestuales, actitudinales y sociales) configuradas por expectativas culturales sedimentadas y aparentemente inamovibles (Freeman, 2010, p. 3).

Frente a este modelo regulatorio crononormativo, la teoría *queer* ha elaborado diferentes aproximaciones críticas para revisar este patrón temporal. Por un lado, Freeman distingue una vertiente de carácter más “lúdica” que enfatiza una relación singular con la historia a partir de una centralidad en la cuestión del deseo y de la fantasía. Según esta línea, la capacidad del goce promueve formas alternativas de construcción social y de temporalidad que eluden las lógicas normativas vigentes. Como se mencionó en la introducción, esta línea se encuadra en una vertiente afectiva que pareciera asignarle cierta pretensión emancipadora a la dimensión deseante y de los afectos y una mirada romántica sobre las posibilidades transformadoras de estas conexiones posibles.

Por otro lado, Freeman señala una teoría *queer* cuya aproximación a la cuestión temporal supone un carácter más “sombrio”. Estos aportes tienden a alinearse con una concepción singular del marxismo, la cual supone un tiempo presente dañado y dividido por la violencia y los sufrimientos infligidos por las relaciones sociales de producción, que a la vez, atraviesan las diferentes relaciones afectivas, sexuales y domésticas. En este caso, la mirada hacia la capacidad emancipatoria de los afectos y del deseo se reviste de una mayor incertidumbre.

Freeman, al igual que Love, no pretende superar esta dicotomía ni posicionarse en un lugar intersticial. Les interesa, por el contrario, superponer aspectos de las diferentes vertientes y orientar su reflexión a los modos posibles de construir ligazones temporales inesperadas entre cuerpos e identidades del pasado y del presente, atendiendo a reconfigurar la potencia de una historiografía crítica a través de ciertas modalidades temporales como la retrospección y al anacronismo.

Éstas, según Freeman, operan como interrupciones motivadas por el/la investigador/a histórico/a orientadas a conectar tiempos disímiles desplaza-

dos de la historia y, a la vez, hacerlos incidir en la esfera pública presente. En esta intervención, las autoras encuentran la agencia política de la temporalidad *queer*: precisamente, en la construcción de una temporalidad específica de estas identidades, reconstituidas a partir de una genealogía anacrónica y afectivamente ligada, capaz de desbordar los modelos temporales vigentes (Freeman, 2010).

Frankenstein y la “erotohistoriografía”

Tanto Freeman como Love buscan reponer la discusión en torno a los modos sensibles y cognoscibles de la historia a partir de metodologías que les permitan revitalizar el lugar de los afectos como forma particular de conocimiento y acercamiento al pasado. Ese método “debe, ante todo, ser anti-sistemático” (Freeman, 2010, p. 4), caro a la teoría *queer*, y debe, al mismo tiempo, asumir una doble tarea: por un lado, recomponer la dimensión afectiva como una instancia cognoscible, y, por el otro, visibilizar las marcas de violencia en las implantaciones instrumentales de los modos temporales de la modernidad (Freeman, 2010).

Freeman construye este método a partir del personaje de Frankenstein de Mary Shelley y lo denomina “erotohistoriografía”. Según la autora, Frankenstein expone el armado de un todo (un cuerpo) a partir de elementos (partes de cuerpos) pertenecientes a diferentes momentos históricos. Esas partes están ineluctablemente des-unidas, a menos que exista una operación sobre ellas que las reensamble en una nueva corporalidad. Según Macón y Solana, “el monstruo de la novela de Shelley encarna en su propia anatomía incoherente, el contacto corporal entre pasado y presente. (...) Y la verdadera monstruosidad temporal está “en dejar que la historia vaya demasiado lejos, al punto tal de encarnarla en lugar de meramente sentirla” (Freeman, 2010, p. 98). En este sentido, Frankenstein expresa una relación táctil y erótica con la historia, capaz de producir sensaciones corporales y contactos afectivos, aún sin ser completamente inteligibles para los códigos sexuales y genéricos del presente (Freeman, 2010).

Bajo estas formulaciones, la autora define a la “erotohistoriografía”, como un método que utiliza el cuerpo como herramienta para figurar y performar el encuentro con el pasado en el presente y, a la vez, habilita la posibilidad de producir conocimiento histórico a partir de vectores afectivos y

corporales (Macón y Solana, 2015). Así, la posibilidad de contactos *queer* a través de la historia permite articular esta historiografía con otras formas de afectión, que no necesariamente deben ser dolorosas, traumáticas o melancólicas, sino también placenteras y amorosas. Esto lleva a considerar la temporalidad “erotohistoriográfica” como híbrida, capaz de superponer tiempos y ritmos disonantes a través de ligazones inesperadas e impensadas.

Según las autoras, tanto el giro retrospectivo (Love, 2007) como esta historiografía suscitada por el contacto corporal con el pasado (Freeman, 2010), restauran la fuerza vibrante de la historia y revisan los preceptos constructivos de las cronologías legítimas. Como sugiere Carolyn Dinshaw (1999), no se trata de buscar personas *queer* en los archivos históricos,

se trata de hacer que la historia se vuelva *queer*, y buscar formas alternativas de relatar el pasado, motivadas por el deseo presente de las/os historiadores/as para que puedan explotar -en lugar de evitar- las ataduras afectivas y el apego visceral a los datos históricos (Macón y Solana, 2015, p. 25).

Temporalidad *queer* y memoria

Pensar la articulación entre estos aportes de la teoría *queer* y el campo de estudios sobre la memoria en la Argentina supone, en primer lugar, adoptar una postura crítica de sus posibles usos y apropiaciones conceptuales y epistemológicas en contextos y procesos sociales diversos.

En segundo lugar, se considera que los estudios sobre la memoria, y más específicamente sobre el pasado reciente, vinculados a la construcción de sentidos sobre los procesos de violencia y radicalización política durante los años setenta, han problematizado, desde diversas entradas, la dimensión afectiva en los modos de rememoración. Amado (2004), Vezzetti (2009), Oberti (2015), entre otras, se han orientado, desde diferentes líneas interpretativas y conceptuales, a reflexionar sobre los lazos afectivos en la militancia revolucionaria y en los modos de rememorar el pasado reciente.

Se asume este campo de estudios como un espacio disciplinar complejo, atravesado por pugnas históricas y políticas, y sujeto a reacomodaciones y reactualizaciones permanentes de sus modos epistemológicos y metodológicos de abordaje (Jelin, 2006). Con estas consideraciones, se pretende

destacar que en las diferentes líneas interpretativas y entramados teóricos y epistemológicos, pueden convivir diferentes lógicas temporales: algunas, asociadas a visiones más instrumentalistas del pasado (aquellas revisadas por la historiografía *queer* analizada) y otras lógicas críticas de citación histórica, orientadas a producir formas alternativas de relatar lo sucedido y producir conocimiento historiográfico (como las formas corporales y afectivas).

Esta aclaración permite entrever que las disputas en torno a la emergencia o consolidación de relatos y experiencias de memoria tienen un fuerte componente político y suelen poner de relieve temporalidades diversas que, muchas veces, resultan difíciles de encuadrar en un proceso de construcción de sentido homogéneo. En otras palabras, la configuración de este campo de estudios está también signada por las disputas por imponer ciertos modos temporales sobre la construcción del pasado.

Esto lleva a pensar que en la construcción de “memorias críticas” (Oberti y Pittaluga, 2006) sobre los procesos de violencia política, la pretensión de unificar una única temporalidad resulta imposible y se precisa una distinción analítica que considere los diferentes modos temporales de aparición, afectación pública y los contextos de producción y recepción de las narrativas de los procesos de rememoración. Estas memorias críticas al “intervenir sobre conmemoraciones, ritos y cultos del pasado, pero también, (al) trabajar socavando sus propias cristalizaciones, sus propias tendencias a la formación de ritos y mitos” (p. 32) habilita la coexistencia de temporalidades diversas y, muchas veces, contradictorias. Pero, según los autores, allí radica la potencia crítica de una memoria que se pretende revisar tanto “lo que selecciona del pasado como el modo en que es ejercida, cómo representa el pasado y lo pone en la escena pública” (Oberti y Pittaluga, 2006, p. 32).

Y en esta tarea analítica y epistemológica los aportes de la teoría *queer* pueden ser de utilidad, en el sentido de que permiten construir herramientas para analizar y comprender los modos en que ciertas interpretaciones contemporáneas, vinculadas a este campo disciplinar, recuperan y hacen uso de ese pasado (íntimo, familiar, político) y, al mismo tiempo, contribuyen a revisar las construcciones de temporalidad vigente en los procesos actuales.

Para citar un ejemplo, se considera la producción estética de hijos e hijas de militantes desaparecidos durante los años setenta. A nuestro entender, éstas exponen ciertas formas novedosas de acercarse a ese pa-

sado reciente, atendiendo a modos afectivos y corporales de conexión temporal, y asumiendo como vector del proceso de rememoración, la dimensión afectiva y la experiencia amorosa. Asimismo, estas producciones no están exentas de las complejas pugnas históricas y epistemológicas mencionadas, puesto que también expresan la superposición y la tensión de diferentes modos temporales (afectivos, políticos, institucionales) en sus intervenciones.

Eve Sedgwick. Amor y lectura reparativa

Los aportes de la temporalidad *queer* concedieron un marco analítico para pensar los afectos como modos de acercamiento posible al pasado y, al mismo tiempo, como modos temporales específicos asociados a las experiencias de rememoración y a los procesos de reparación a partir de acontecimientos dolorosos y/o traumáticos. En estos casos, la dimensión afectiva ha operado como una forma de contacto con el pasado que ha complejizado las cartografías analíticas de construcción de memoria y ha promovido nuevos interrogantes y abordajes metodológicos.

La tendencia del giro afectivo ha generado posibles puntos de entrada a la comprensión de la “experiencia del amor”, ligada a la construcción de escenas de memoria y de duelo. Autoras como Ahmed (2004), Berlant (2011), Sedgwick (1998, 2003) han sugerido formulaciones relevantes y productivas para problematizar la idea del amor, deslindada de sus vertientes idílicas o románticas. Sus reflexiones se orientan según una doble variación: la dimensión amorosa aparece, por un lado, asociada al/la propio/a investigador/a y ello supone un modo particular de acercamiento al pasado; y por el otro, aparece también formulada como pregunta-problema, como eje estructurante de un objeto de estudio.

En “Un diálogo sobre el amor” (1998), Eve Kosofsky Sedgwick apunta a construir una escena amorosa de memoria con su terapeuta, Shannon Van Wey. El relato cuenta una serie de sesiones que, en principio, no difieren del tratamiento de las problemáticas habituales y específicas de cualquier encuentro entre un psicoanalista y una paciente. Pero a lo largo de la narrativa, los encuentros con Shannon adquieren un carácter rememorativo que deambulan por las diferentes vivencias, imágenes y recuerdos de la historia personal, familiar y generacional de Sedgwick, asumiendo que, en ese proceso, las

experiencias pasadas se reconfiguran bajo nuevas interpretaciones y nuevos formas de comprensión.

Ese proceso de rememoración, Sedgwick lo contiene en una expresión puntual: “no encuentro paz y toda mi guerra ha concluido; temo y tengo esperanza, me quemo y me congelo como el hielo”¹ (Sedgwick, 1998, p. 7).

El pasado, según la autora, no puede ser nunca un tiempo finalizado, sino una pulsión temporal que permanece en constante reconstrucción a través de diferentes acercamientos e intervenciones. Y ese pasado, tampoco es una mera instancia racional, capaz de ser pensada en su totalidad; sino que necesariamente se repone a partir de otras modalidades de conocimiento: los afectos, las sensaciones, los placeres y los dolores. El pasado que se rememora deviene un acontecimiento sintiente y vibrante, que toca y moviliza al sujeto; y como tal, constituye una escena de conocimiento, una experiencia de dar verdad sobre lo ocurrido.

En este sentido, Sedgwick abre la memoria a las conexiones que la dimensión amorosa motiva en relación a su familia y a su vida sexual. Repasa su historia familiar a través de diarios y fotografías, recuerda relatos de sus hermanas y de su hermano, recorre las imágenes de su madre y de su padre, sus aspectos físicos y de personalidad, sus parecidos. Esa rememoración se presenta como un acontecimiento que entrecruza afectividades y temporalidades y, a la vez, responde a un determinado devenir histórico y generacional.

Siguiendo estas consideraciones, se asume como primer aporte para articular la dimensión afectiva con la escena de memoria, un punto de entrada asociado a la singularidad del proceso de rememoración. Sedgwick recupera sus experiencias amorosas como vectores singulares que le permiten aproximarse y dar sentido a su pasado, y al mismo tiempo, avivar otras formas de afecciones. Esa experiencia no es idílica ni reconfortante; por el contrario, puede producir melancolía, vergüenza, compasión, dolor y/o placer, y, sobre este coral de encuentros afectivos, la dimensión rememorativa inscribe interpretaciones novedosas sobre lo ocurrido. En este sentido, Sedgwick da a entender que el objeto del amor no se trata de una persona particular sino de

¹ “I find no peace, and all my war is done, I fear and hope, I burn and freeze like ice” (Ibíd. –traducción propia–).

un acontecimiento singular, capaz de entrecruzar afectividades y temporalidades de variada índole.

Un aspecto interesante del relato es que la escena de memoria no se circunscribe solamente al espacio de la terapia. Ella narra una serie de eventos que tienen lugar en el espacio público, donde encuentra otras formas de conexión con su analista y con su historia personal. Por ello, Sedgwick comprende que su memoria se construye de esa manera: cuando el espacio íntimo irrumpe sobre el espacio público, cuando las afecciones reingresan al espacio habitado socialmente y afectan otros cuerpos, otras subjetividades, otras emociones. Y en esa irrupción, tanto el espacio íntimo como el público, se reorganizan bajo otros parámetros. En este sentido, la experiencia del amor que se propone tiene lugar fuera del espacio de propiedad, en una escena compartida con otros/as.

Por otro lado, se podría mencionar un segundo aporte referido al tipo de lectura que promueve una experiencia amorosa en torno a un proceso de memoria. La lectura que propone Sedgwick es una “lectura reparativa” según sus propios términos: una lectura sostenida sobre el deseo de un impulso reparador, que busca ensamblar y conferir plenitud a las marcas precarias y rudimentarias de los procesos rememorativos (Sedgwick, 2003). En este aspecto, la autora retoma los aportes de Melanie Klein (1990), quien afirma que el nombre que lleva ese proceso reparativo es el de “amor”.

Por ello, pensar la experiencia amorosa a partir de una lectura reparativa sobre el pasado implica llevar adelante un proceso de reposición íntimo, familiar y/o generacional en un entramado de sentidos sociales, culturales e históricos, reordenando el lugar de las experiencias placenteras y/o traumáticas en un nuevo marco interpretativo, que sea “profundamente aliviador” y que a su vez, habilite una mirada crítica de ese proceso, atendiendo a “las posibilidades éticamente cruciales de pensar que el pasado pudo haber sucedido de otra manera” (Sedgwick, 2003, p. 68). Una lectura reparativa es también una lectura ética y justa, en tanto recupera y hace legible una constelación de marcas y temporalidades del pasado que parecían interrumpidas y obturadas, y recuperan en el presente su potencia afectiva.

Eve Sedgwick distingue la “lectura reparativa” de la “lectura paranoica”, asociada a perspectivas dicotómicas, negativas, expositivas y regresivas de los afectos, sostenidas en vertientes epistemológicas vinculadas a la lógica de

la sospecha y a imperativos sostenidos en binomios como: lo visible–no visible; simulado–manifiesto; conciencia y falsa conciencia. Según Sedgwick, “la paranoia no es tanto un diagnóstico (una patología) como una prescripción, es decir una forma de teoría crítica que se ha vuelto “hegemónica”, en lugar de ser entendida como una posibilidad (entre otras más) de conocimiento” (Sedgwick, 2003, pp. 69-70).

La autora piensa la lectura reparativa que impulsa la experiencia amorosa de la memoria como una instancia productiva, performativa y situada histórica y socialmente; desplazada de enfoques idílicos de los afectos pero crítica de perspectivas paranoides y de sospecha; atenta a las coexistencias afectivas y a sus formas dialógicas y conflictivas; y, por sobre todo, una lectura con capacidad de producir actos sobre el mundo, construir escenas de afección pública y rememorar el pasado desde su condición de fuerza viviente, palpitante y sintiente.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Londres: Routledge.
- Amado, A., Domínguez, N. (2004). *Lazos de Familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Athanasίου, A, Hantzaroula, P. y Yannakopoulos, K. (2008). Towards a New Epistemology: The “Affective Turn”. *Historiein*, 8, 5-16.
- Benjamin, W. (2009). *Estética y política*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Berlant, L. (2011). A properly political concept of love. *Cultural Anthropology*, 26(4), 683-691.
- Clough, P. (2007). *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Dinshaw, C. (1999). *Getting Medieval: Sexualities and Communities. Pre and Post-Modern*. Durham: Duke University Press.
- Freeman, E. (2010). *Time Binds: queer temporalities, queer histories*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Halberstram, J. (2005). *In a queer time and place. Transgender bodies, subcultural lives*. New York: New York University Press.
- Jelin, E. (2006). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Love, H. (2007). *Feeling Backward. Loss and the politics of queer history*.

- Cambridge: Harvard University Press.
- Luciano, D. (2012). Unrealized: the queer time of The Hermaphrodite. En *Philosophies of Sex*. Ohio: State University Press
- Klein, M. (1990). *Amor, culpa y reparación*. Barcelona: Paidós.
- Macón, C. y Solana, M. (2015). *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado reciente*. Buenos Aires: Título.
- Ngai, S. (2007). *Ugly Feeling*. Cambridge: Harvard University Press.
- Oberti, A. (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- Oberti, A. y Pittaluga, R. (2006). *Memorias en montaje*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Sedgwick, E. K. (1995). *Shame & Its Sisters: A Silvan Tomkins Reader*. London: Duke University Press.
- Sedgwick, E. K. (1998). A dialogue on love. *Critical Inquiry*, 24(2), 611-631. Chicago: University of Chicago Press.
- Sedgwick, E. K. (2003). *Touching Feeling. Affect, Pedagogy and Performativity*. London: Duke University Press.
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo XXI.